

Ilustraciones: shakespeareillustration.org

LA LEYENDA DEL MORO DE VILLALOBAR

Carmelo TECEDOR HERNÁNDEZ, *Villalobar de Rioja (la villa del olmo y la mezquita)*, edición personal, 1996, pp. 64-70.

Hace ya muchos años tuve la oportunidad de descubrir un viejo pergamino que contenía unos datos históricos muy interesantes y referidos a un personaje que vivió en la zona de Villafauar con anterioridad a la llegada de Santo Domingo de la Calzada. Nuestro personaje vivía en la margen izquierda del río Glera; Santo Domingo se instaló en la margen derecha.

Recopilé y ordené todos los datos. Y, poniendo en ello un poco de imaginación, llegué a la conclusión de que podría tratarse de un anacoreta que, hacia el año 1030 vivía en lo que hoy llamamos “La Cueva del Moro”. [...]

El moro de Villafauar descendía de los cristianos que convivieron en paz con aquellos musulmanes que transformaron la Villa romana en Villa del Olmo. Esta villa estaba situada en el término que hoy llamamos “La Mizquilita”, cuyo topónimo indica que allí estuvo emplazada la mezquita en la que los mahometanos se juntaban para la oración de los viernes que manda el Corán. Muy cerca de la Mizquilita pasaba la calzada romana de la dirección Zaragoza-Briviesca. Y mil veces la recorrieron aquellos moros huyendo con sus briosos caballos o arrastrando a los cristianos cautivos cuando eran vencedores.

Me imagino que en una de esas guerras venció el ejército cristiano y destruyó la pequeña



población con su mezquita. Todo quedó arrasado, menos el topónimo “Mizquilita”, que nos lo viene recordando de generación en generación a través de los siglos y que ahora podremos valorar debidamente siempre que pasemos cerca de la Cueva del Moro de Villalobar. Es la intención que me he propuesto y espero conseguir.

Era la media noche cuando comenzó a tronar. El moro de Villa Alfozare vivía como anacoreta en una cueva situada al pie de una cuesta o terreno en pendiente a unos metros del Río Oja. Cerca de la cueva había un olmo, más bien pequeño, en que solía sentarse durante las noches de verano y pasar largos ratos embelesado en la contemplación de las estrellas. Con su imaginación un poco árabe descubría la sabiduría infinita del Creador y se consideraba muy feliz entre el silencio del entorno y el ritmo de las aguas de La Glera, o río Oja, que siempre discurrían limpias y cargadas de pesca.

Esta zona era entonces una especie de laberinto intrincado, compuesto por un terreno boscoso, repleto de olmos, encinares, árboles frutales, carrasca y animales, al mismo tiempo que el río bajaba muy caudaloso y carecía de puentes para ser vadeado. Este laberinto era también un buen escondrijo para los salteadores de caminos y bandoleros, siempre preparados para atacar y robar a los transeúntes, especialmente si eran peregrinos extranjeros hacia Santiago de Compostela.

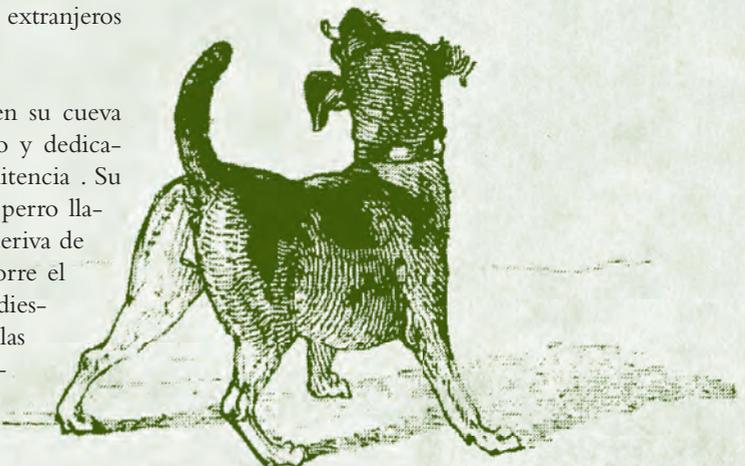
El moro de Villa Alfozare vivía en su cueva como anacoreta, es decir, solitario y dedicado a la contemplación y a la penitencia. Su única compañía era un hermoso perro llamado Zubi palabra árabe que se deriva de “zubía” y significa ‘sitio donde corre el agua’. El moro lo tenía muy bien adiestrado para olfatear y descubrir a las personas que se perdían por aquellos lugares o yacían exhaustas de fuerza por haber vadeado el río

temerariamente. Que, ¡cuántas veces tuvo que echárselas al hombro para atender las en su pequeña cueva!

Era muy santo aquel mozarabe. Descendía de los cristianos que convivieron pacíficamente con los musulmanes. Por tal motivo, los pocos que le conocían le llamaban Peregrino Al-Farah, que quiere decir ‘Peregrino el mozarabe’. Y siempre, durante toda su santa vida, guardó sumo respeto a la fe de los mahometanos con quienes convivió de niño.

Una noche, dormía profundamente en su pequeña cueva, tumbado en el suelo sobre una estera que él mismo había fabricado con junco del río, previamente secados al sol. El perro Zubi dormía también a sus pies. De pronto, en el silencio profundo de la noche y junto al río, donde el rumor de las aguas hacen más dulce el sueño, el perro aulló con un sonido corto y débil; el mozarabe también se despertó y los dos, amo y perro, se pusieron en alerta y oyeron con claridad otro aullido que Zubi reconoció inmediatamente.

Ambos salieron de la cueva. En efecto, era un formidable can, llamado Libi, que llegaba con la lengua fuera y jadeante de tanto correr. [...] ¿Qué ocurría? Pues que aquel animal doméstico era el perro de un anacoreta





amigo que vivía sobre el río Ebro en la misma cueva que vivió san Felices de Bilibio, allá por el siglo V, y traía un mensaje. [...] Peregrino Al-Farah comprendió. Inmediatamente, cogió su bastón, dio un golpecito a los dos perros y emprendieron la marcha senda arriba hacia los altos riscos de Bilibio. [...]

Peregrino Al-Farah pudo contemplar a su compañero, arrodillado con los codos apoyados en un levante y en religioso silencio. Estaba haciendo oración. [...] En esto, el anacoreta del Ebro, llamado Juan de Bilibio y de unos 90 años de edad, se recuperó con la mayor naturalidad y envolvió a todos en una sonrisa muy amable, diciendo: “bienvenidos”. Al-Farah le correspondió con estas palabras: “gracias, amigo, aquí me tienes”. Juan de Bilibio continuó: “te envié mi perro Libi porque ya sabes que llevo más de sesenta años en esta cueva rogando por la Humanidad y tengo la sensación de que ha llegado mi fin. [...] Los anacoretas, que eran amigos de toda la vida aunque Al-Farah era mucho más joven, siguieron celebrando

el encuentro y contándose mutuamente las vivencias.

El de Villa Alfovare le comunicó que una tarde de verano tuvo la visita de un joven, llamado Domingo, que vivía en la otra margen del río Oja. Este joven quería pedirle consejo, porque deseaba hacer vida de anacoreta y, al mismo tiempo, sentía la vocación de deiciarse a la caridad con los peregrinos que pasaban en dirección a Santiago de Compostela.

El de Bilibio le interrumpió: “Y tú, ¿qué le aconsejaste?”. Al-Farah dijo que le animó a que, siendo tan joven como era, hiciera las dos cosas: ser anacoreta santo y ejercer la caridad: que ésa era la voluntad de Dios. Juan de Bilibio felició al de Villa Alfovare y le dijo: “procura seguir relacionado con ese joven para que puedas animarlo en sus dificultades, que nunca -dijo- le faltarán”. [...]

Metidos estaban en pleno diálogo, cuando fueron interrumpidos por los perros Libi



y Zubi que se tumbaron a sus pies. Los dos anacoretas suspendieron la conversación. De pronto, y repentinamente, el perro Libi comenzó a echar lamentos al aire y también se le unió Zubi: "guau... guau..." Era aquélla una escena impresionante.

El de Villa Alfozare se dio cuenta inmediatamente de lo que sucedía. Es que el anacoreta Juan de Bilibio se estaba poniendo pálido y perdía el conocimiento. En efecto, a los pocos minutos, se cayó al suelo y murió. Al-Farah trató de reanimarlo, pero nada pudo lograr. Triste y comprometido por la pena se preguntó: "¡Dios mío!, está muerto, está muerto, ¿qué debo hacer?" Y se le ocurrió que lo primero y más conveniente era dominar el dolor por la muerte del amigo y avisar a los compañeros anacoretas de la comarca para que lo encomendaran a Dios y vinieran al entierro.

Para esto, preparó un pequeño recado que ató al cuello de cada uno de los perros y los orientó para que echaran a correr, seguro de que, guiados por el instinto y su preparación, lo harían con seguridad y rapidez. [...] Al cabo de varias horas, volvieron los dos perros y, tras ellos, llegaron dos anacoretas, que con Al-Farah celebraron una liturgia funeral durante la noche. [...] A continuación, recogieron todas las cosas que le pertenecían y, poniéndolas en orden, prepararon la cueva para el próximo

anacoreta que viniera a vivir en ella. Era poco antes del mediodía, cuando todos se dieron la paz y se separaron. [...]

Alcanzaron la cueva poco antes del anochecer. Era el mes de mayo. Las estrellas y el rumor de las aguas caudalosas del río Oja contribuyeron a que el sueño fuera más fresco y feliz.

Dice la leyenda que Al-Farah siguió viviendo algunos años más en su cueva, acompañado siempre de sus dos perros, Zubi y Libi, y dedicado a la oración, penitencia y caridad. Dicen también que un día se le acercó un joven pidiendo consejo porque quería retirarse del mundo y ser anacoreta; y que Al-Farah, después de instruirlo convenientemente, se despidió de su cueva y se la dio al discípulo.

Peregrino Al-Farah tomó la decisión de subir río arriba para reconstruir un viejo edificio que podía acomodarse para posada de peregrinos. [...] Peregrino Al-Farah, en sus últimos años, cada noche y, mientras los peregrinos descansaban durmiendo en paz, seguía acercándose a la orilla del río para mirar a las estrellas que con su silencio, orden y lejanía le hablaban de Dios.

Y yo, que le he dado vida a esta breve novela, le pido que nos preste la limpieza de aquellos ojos intuitivos, para poderlas mirar como él mismo las miró.

